

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LOS PROBLEMAS DEL CRO-MAGNON HISPANO

P O R

LUIS PERICOT

No pretendo entrar en los dominios de mis colegas antropólogos, pero desearía que no terminásemos este simposio sin que se hubiera discutido algo más sobre los caracteres del cráneo solutrense de Parpalló y el frontal del epigravetiense de Barranc Blanc que el padre Basabe ha tenido la bondad de describirnos en una de nuestras sesiones.

Es una verdadera pena que no tengamos más restos antropológicos. Y aquí no cabe pensar, como solemos hacer respecto de los neolíticos o más modernos, que la destrucción de los yacimientos por aficionados ha sido la causa de que no se haya puesto demasiada atención en los huesos humanos o animales aparecidos, ya que los yacimientos paleolíticos, por lo general, son excavados por gentes entendidas y el arqueólogo profesional se halla siempre pendiente del problema antropológico y, por tanto, valora como un gran hallazgo cualquier fragmento de osamenta.

Para resumir en pocas palabras el problema que desde hace años nos obsesiona, vemos en nuestras excavaciones paleolíticas desfilar ante nosotros industrias de caracteres extremadamente diversos, a veces en profunda oposición y que, sin embargo, cuando se dan restos antropológicos, nos damos cuenta de que nos hallamos ante gentes físicamente muy semejantes, como si un sólo tipo físico abarcara toda clase de transformaciones industriales. Pensad en lo que ocurre con yacimientos en los que se pasa con cierta

brusquedad de un epigravetiense o de un solutrense final a un *magdaleniense inferior*. Y no digamos cuando se trata de la aparición de un protomagdaleniense, este perturbador nivel que en los últimos años se ha puesto de relieve y cuyo exacto carácter creemos que no ha sido fijado.

Pasamos a veces por la ruptura total de tradición industrial, de una perfecta obtención de hojas, con minucioso retoque, a una torpe obtención de lascas o de elementos folioides con una tosquedad de retoque extraordinaria. El contraste se duplicará por la presencia de una cultura de un sencillo trabajo del hueso seguido después por un desarrollo extraordinario del mismo con gran variedad de formas. Y en casos concretos hallamos, por ejemplo, que la pintura prácticamente desaparece al llegar el Magdaleniense (caso del Parpalló). Y, sin embargo, el arqueólogo siente que existe una continuidad dentro de una vieja tradición, con una industria que no olvida nunca los tipos pasados, que en su mayoría resucitan, y con un arte que, al final de su evolución en el Magdaleniense superior, muestra el recuerdo de sus antepasados auriñacienses.

Postularíamos, pues, una continuidad que de alguna manera obliga a creer en una tradición común basada en una similitud racial.

Si nos fijamos en el ámbito español, donde, a pesar de contar con aspectos de extraordinario interés, el número de estaciones es todavía reducido, nos encontramos con problemas difíciles

Hemos escuchado estos días muy interesantes comunicaciones de los profesores Movius, Vallois, Balout, Camps y otros, que contienen puntos de vista y datos de gran valor para los problemas que nos preocupan.

Acaso la clave está en si la industria auriñaciense se halla en la raíz de todo el Paleolítico superior. En tal caso, el papel del hombre de Cro-Magnon sería extraordinario. Si este es el elemento antropológico básico en España, nuestras diferencias culturales con el Paleolítico superior francés son simples variantes industriales. Respecto de la pretendida ausencia de la fase inicial chatelperroniense en nuestro Paleolítico superior, hoy se puede ya anunciar el reciente hallazgo, que el padre González Echeagaray me ha

comunicado, de industria del tipo de Chatelperron en la provincia de Santander.

Si aceptamos esta unidad, ¿cómo hemos de interpretar la existencia de una supuesta provincia mediterránea? Esta tendría industria gravetoide y un arte menos hábil o menos depurado y con contactos con el Este de Europa y con Asia, sin olvidar que también la raza de Cro-Magnon se liga con el Próximo Oriente.

No existiendo industria solutrense, de carácter indudable, en Africa —ya discutiremos esos problemas— nuestro solutrense depende y deriva, desde sus fases iniciales, del solutrense francés. Vamos a dejar fuera el problema de los remotos orígenes y recojamos tan sólo la tendencia cada día mayor a ver industria solutrense en los territorios del Este de Europa y en las tierras euroasiáticas, marcando el rumbo de los pueblos cazadores que poblaron América y donde la tradición de las puntas de retoque bifacial será muy vivo siempre.

Pero está claro que el solutrense hispano tiene dos facetas: una ligada a la faja septentrional, que desarrolla la punta asimétrica, la de base cóncava, la típica muesca, por lo menos; frente a la misma, la faceta "ibérica" —yo preferiría llamarla hispánica, pues por lo que sabemos hoy abarca también Portugal. Esta faceta hispánica culmina en dos tipos que van siempre juntos: la punta de muesca de tradición gravetoide (la clásica punta de muesca de tipo levantino de Breuil) y la punta de retoque solutrense con aletas y pedúnculo, la gran revelación de la cueva del Parpalló, y que habría sido rechazada —como un nuevo caso de Altamira— si no hubiera aparecido ya en tantos sitios.

Pues bien, esa industria, tan característica, tan en contraste con todo lo anterior y con todo lo que va a venir, nos ha dejado, por lo menos, en Levante, el cráneo de Parpalló y los de Barranc Blanc. Todos esos restos caen dentro del tipo global del Hombre de Cro-Magnon (como os habló ya el doctor Basabe), ligando esta cultura más fuertemente con los pueblos que ocupaban entonces el territorio francés.

¿Dirán algo más estos cráneos? Se apuntó que el frontal hallado en el nivel epigravetiense del Barranc Blanc tenía rasgos que

le acercaban a la variante africana del Cro-Magnon; hay que confirmarlo.

Pero eso supone resolver otro grave problema: el de los contactos solutrenses con Africa. Hemos hablado y discutido tanto sobre este punto, que no queremos insistir más en ello. Acaso hubo reflujo del solutrense hispánico sobre el marroquí. Dejaremos también la cuestión del verdadero carácter del frontal de Barranc Blanc a la discusión de los antropólogos.

Pensamos, pues, que los autores de esas raras industrias en el Levante y Sur de España forman parte de un grupo de cromañones, posiblemente en vías de mutación hacia nuevas formas que llamaríamos mediterráneas y que cada vez se van distanciando más de los cromañones franceses originales.

El papel del Cro-Magnon africano, su cronología y caminos, no está aún del todo claro. Si hacemos, gracias al Carbono 14, más viejo de lo que se suponía al iberomauritánico del Norte de Africa, ¿no habrá también que adelantar la fecha de entrada de los primeros habitantes de las Canarias? Creemos posible aún una primera ocupación asaz temprana, contemporánea del Mesolítico occidental.

No menos grave problema es el de la continuidad gravetiense-solutrense. Al primero se suele atribuir una variante del *Homo sapiens* del Paleolítico superior europeo, la llamada de Combe-Capelle. Sin embargo, en el Parpalló nos encontramos con un arte que sigue una evolución paralela a la del arte auriñaciense en Francia, y la industria muestra una perfecta asociación de elementos gravetienses y solutrenses, mientras los restos humanos, tanto en dicha cueva gandiense como en la del Barranc Blanc (Rótova) pertenece, sin duda alguna, a la raza de Cro-Magnon, aunque en la última de dichas localidades se trate acaso de la variante africana del Cro-Magnon, más o menos en camino de "mediterranzarse".

Que la tradición gravetiense pesa mucho lo prueba la importancia del tipo de punta de muesca gravetoide, que se extiende, con variantes, desde España hasta la Europa oriental. Se trata de un hilo conductor más seguro, más concreto y limitado en el tiempo, que las puntas de retoque bifacial.

No olvidemos, por último, que los recientes descubrimientos,

en parte inéditos, sobre el Solutrense y el Magdaleniense del Aude y los Pirineos orientales (por Sacchi y otros) han de repercutir sobre la problemática del Cro-Magnon en Francia y España.

Nuestra falla reside en que buscamos una explicación antropológica, y ésta es imposible de alcanzar por nuestra excesiva cantidad de ignorancias. Quiere apoyarse en los argumentos de los arqueólogos, argumentos que nosotros sabemos precarios todavía.

Como tantas veces hemos repetido, nos hallamos ante una perspectiva lejana que no podemos desentrañar, o, como dice el profesor Vallois, queremos trazar el plano de una ciudad que sobrevolamos por encima de la niebla y de la que sólo apuntan las torres de las iglesias y algunos edificios elevados.

Todo ello lo pondremos en la cuenta de la *miseria* de la Prehistoria y seguiremos tratando de obtener datos más completos y seguros.